

creo que no debe sacralizarse la figura del escritor. Cuando no escribe, el escritor es una persona que tiene sus opiniones, igual que las tienen un fontanero o un maestro de escuela; no tiene por qué ser más válida la opinión de un escritor, por muy bien que escriba. Lo que ocurre con los escritores es que introducen en la noticia, en la información, la subjetividad; te cuentan la misma noticia, pero vista a través de ellos. El periodismo intenta ser la objetividad, cosa que es imposible, porque la objetividad no existe. Sin embargo, el escritor que escribe en periódicos parte de la base de que todo lo que va a decir es su opinión y que es absolutamente subjetivo; y, a partir de ahí, creo que tiene mucha más credibilidad y verosimilitud en función del respeto que nos merezca ese escritor concreto, porque sabes que no hay ningún engaño posible: ese escritor te está contando cómo piensa de algo, cómo él ha visto esa noticia. Si yo escribo un reportaje sobre Colonia, parto de la base de meterme en el reportaje. Con eso le estás diciendo al lector, "esa es la Colonia que yo he visto"; lo que no quiere decir que sea la más real, sino la que yo he visto. A veces, los lectores lo que quieren es tener la visión de los demás, no una visión como de laboratorio: Colonia son tantos habitantes, se fundó en tal año, etc.; sino de cómo huele Colonia, del frío que hace en Colonia o de la impresión que produce la catedral de Colonia.

P. Se le conoce sobre todo como novelista, pero lo que no es tan conocido es su vinculación con el mundo del cine. ¿De dónde viene su interés por el cine?

R. El cine me interesa desde que tengo uso de razón. Yo creo que me he pasado más tiempo viendo películas que leyendo libros. El hecho de que seas escritor no quiere decir que toda tu formación sea literaria. Para mí el cine, desde que recuerdo, fue una fábrica de sueños, como para todo el mundo. En el pueblo donde vivía, el cine era la única vía de escape de la realidad. Yo creo que le debo, como todos los escritores de este tiempo, muchísimo al cine.

A mí siempre me ha interesado muchísimo el cine. Empecé a escribir para el cine un poco por casualidad. Comencé escribiendo la adaptación de *Luna de lobos* luego me propusieron hacer otra adaptación, de una novela de Luis Mateo Díez, *La fuente de la edad*, y así, poco a poco, cuando me he dado cuenta llevo ya cinco guiones. Pero todo esto ha sido sin pensarlo, aunque tengo que decir que me encanta escribir para el cine.

P. ¿Cuáles son sus últimos proyectos, además de publicar pronto su última novela *El cielo de Madrid*?

R. Pronto no. A lo mejor tardo un par de años todavía, porque aún estoy prácticamente en el arranque de la novela. Mis proyectos: seguir escribiendo. Llega un momento en la vida en que, tú no has decidido ser escritor, pero cuando miras para atrás es lo único que has hecho en tu vida, lo único que realmente te gusta y te llena; así que lo voy a seguir haciendo. Aunque no publicase, voy a seguir escribiendo, porque escribir no es un oficio, es una manera de vivir, de estar en el mundo. Así que mi único proyecto es seguir escribiendo (ahora "El cielo de Madrid" y después lo que sea); seguir escribiendo y vivir lo más posible, como hasta ahora.

P. Respecto a los libros de viajes, ¿no es un género

con pocos lectores, un tanto minoritario?

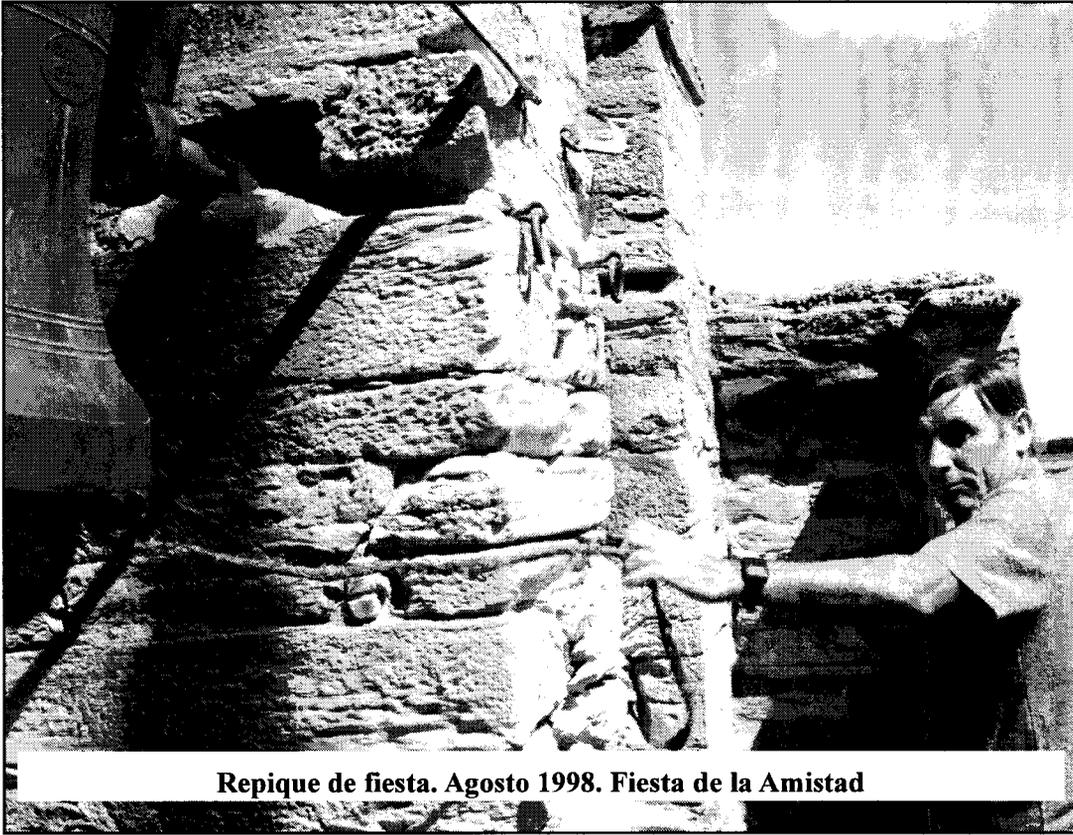
R. Ahora se está poniendo de moda, lo cual puede ser hasta perjudicial a medio plazo. A mí me encanta la literatura de viajes. A mí me gusta escribir lo que sea, tocar todos los palos -que dicen los flamencos-, saltar de un género a otro y no estar siempre escribiendo novelas, porque corres el riesgo además de escribir siempre la misma novela, el mismo libro. A mí me gusta mucho viajar. Lo que más me interesa en la vida es escribir y viajar. La literatura de viaje te permite las dos cosas y, sobre todo, viajar dos veces: cuando viajas y cuando escribes. Yo creo, además, que la literatura de viaje es la literatura en estado puro, porque está en la propia condición humana. Cualquier persona, cuando hace un viaje, lo primero que hace cuando vuelve a su lugar es contárselo a los demás. Está haciendo literatura de viaje, contar su viaje de modo absolutamente subjetivo. Lo que hace un escritor es exactamente lo mismo: contarlo por escrito. Pero es que, además, la literatura de viaje está en el propio origen de la literatura. Todos los libros fundacionales de las diferentes literaturas son libros de viajes: La Odisea es un viaje, *La guerra de las Galias* de Julio César son viajes, aunque cuente la guerra también, *El Quijote*, *El Cantar de Mio Cid*, *El libro del Éxodo de la Biblia*, todos son libros de viajes. La literatura, al fin y al cabo, es un viaje y la vida es otro viaje. Por eso yo creo que la literatura de viaje es la literatura en estado puro y nunca he entendido muy bien porque en España estaba un tanto desprestigiada. Hay una larga tradición, que no acaba en Cela y en su *Viaje a La Alcarria*, como piensa la gente. Toda la generación del 98 hizo mucha literatura de viaje y después de Cela ha habido muchos escritores que han hecho este tipo de literatura: Carnicer, Sueiro, Torbado, la mayoría de los escritores leoneses ha hecho algún libro de viaje. Por otra parte, en la literatura anglosajona, alemana e italiana la literatura de viaje es tan importante como la novela. Ahora en España se está produciendo un cambio. De hecho ya hay alguna editorial específica de libros de viajes, incluso las editoriales normales están publicando colecciones de libros de viajes, de libros literarios de viajes.

P. El teatro es un género que no ha tocado hasta ahora. ¿No le atrae la idea de escribir alguna obra teatral?

R. No. Jamás se me ha ocurrido ponerme a escribir nada. Yo creo que el teatro, aunque a la gente del teatro no les gustara en absoluto, ha sido desbordado por el cine. El arte de este siglo es el cine. No es el séptimo arte, como se dice, no es un arte más, sino la suma de todas las demás artes. En el cine hay literatura, teatro, música, pintura, arquitectura, etc. Y yo creo que el teatro es quien más ha acusado la llegada del cine, porque cuando puedes contar una historia en 40 ó 50 escenarios distintos, tener que conformarte con dos o tres por una cuestión técnica me parece muy limitado.

P. En alguna entrevista que le han hecho he leído una frase suya que dice: "Cuando escribo estoy haciendo una especie de reconstrucción de mi propia vida. Llegaré el momento en que me alcance a mí mismo". ¿Cómo se interpretan estas frases?

R. Alguna vez me han preguntado, y seguramente fue entonces cuando respondí eso, que por qué siempre escribo



Repique de fiesta. Agosto 1998. Fiesta de la Amistad

del pasado. En realidad yo no escribo del pasado, escribo del presente. Lo que pasa es que el presente no tiene sentido sin el pasado, el presente es el último momento del pasado. Yo creo que la base de la literatura, la levadura que da pie a una novela siempre es la memoria, personal o colectiva. En la primera novela yo conté los cuentos con los que me dormían de niño, que es lo que decía Mailer que hacen todos los escritores en su primera novela, es decir, me fui a la fuente. Todo esto lo racionalizo ahora, no lo pensé cuando escribía. Digamos, entonces, que cuando escribo estoy haciendo una labor de reconstrucción de mi propia identidad. *La lluvia amarilla* cuenta el trauma del cambio del mundo rural al mundo urbano; *Escenas de cine mudo* es una reflexión sobre la memoria a partir de la memoria de mi infancia; *El cielo de Madrid* es una reflexión sobre el fin de la juventud, sobre el éxito y el fracaso a través de Madrid, lo que hago es contar- no de modo autobiográfico- mis 20 años en Madrid, novelando sobre la gente que conocí. Al final llegará un momento en que alcance el punto del presente en el que esté y entonces pues igual dejo de escribir. No lo sé. Lo que pasa que mientras escribes una cosa los años van pasando y vas viviendo otras cosas. Yo creo que no sé escribir del presente directamente, sin embargo cuando escribo *Luna de lobos*, por ejemplo, también estoy hablando del presente: la lucha por la vida, la supervivencia. Se escribe de lo que no se tiene y de lo que se ha perdido. A mí no se me ocurriría estar aquí y escribir sobre Colonia, pero algún día a lo mejor aparece una imagen de la catedral o del frío de Colonia.

P. Ha definido su relación con León como de amor-odio. En alguna ocasión ha dicho “me duelen mucho la apatía, la desidia y la resignación que observo cuando voy

allí”. ¿Cree que estos males de nuestra tierra se pueden curar?

R. Seguramente le pasa a toda la gente con su propia tierra, lo que pasa que a unos más que a otros, depende de qué tierra seas. Yo tengo, efectivamente, una relación odio-amor con León por múltiples razones. Una, porque soy de allí pero me tuve que ir, vuelvo allí y ya soy extranjero, pero a la vez sigo siendo de allí; esa relación que tiene seguramente todo emigrante. Por otro lado, tengo una relación de odio-amor, porque el paisaje en el que yo me siento mejor es aquél, pero a la vez también donde peor me siento cuando veo una serie de

cosas, de desastres, etc. que, a lo mejor, en otro lugar me dolerían menos porque significan menos para mí. Luego mi experiencia personal como escritor respecto a mi tierra, seguramente por aquello de que nadie es profeta en su tierra, ha sido especialmente dura; y no tengo especial manía persecutoria. León es una tierra muy ingrata con sus hijos, se dedican a escribir o a plantar remolacha. Ese espíritu cainita, autodestructivo que tiene ese pueblo a mí me da mucha pena y a veces mucha rabia, porque conmigo, como con otra gente, han sido bastante injustos. Si a mí me hubieran tratado de la misma forma fuera de León que allí, a lo mejor yo ya había dejado de escribir. Todo eso te duele. Y luego, llevándolo a un terreno más amplio, me duele mucho el declive económico, social, cultural de León. Cada vez que voy allí y leo el periódico, el titular suele ser una especie de “se traspasa por cierre del negocio” o de “liquidación por derribo”. Hace poco estuve allí y la noticia más destacada del periódico es que León, que siempre había sido una provincia de las de la mitad de la tabla, económicamente hablando, viene ya en los últimos puestos. En concreto, venía en el último puesto, el puesto 50 de las provincias españolas, en creación de empleo. A mí eso me duele, que, mientras otras zonas avanzan y progresan, mi tierra cada vez esté peor, los pueblos se vayan quedando vacíos y la apatía cada vez sea mayor. Y todo eso ante una especie de resignación y de indiferencia, no sólo de los dirigentes, sino de la propia gente del pueblo, que lo ve casi como una maldición. Incluso, en lugar de reaccionar airadamente contra quienes están llevando la provincia a esa situación de absoluto retroceso, reaccionan contra el que diagnostica o da su opinión sobre lo que está ocurriendo; es decir, la culpa de la enfermedad la tiene el médico que dice lo que tiene el enfermo. Por eso, yo hace ya tiempo que he decidido, en vista de que tampoco ser-

viría de nada más que para hacerme mala sangre, quedarme absolutamente al margen de lo que ocurre en mi tierra.

P. ¿Qué opinión tiene de los leonesistas, respecto a ese papel de médico, de diagnosticar los males de la tierra e intentar ponerle remedio?

R. Aunque sólo sea por el hecho de denunciar situaciones injustas y de ser un grupo que provoca reacciones, aunque sean adversas, me parece que está cumpliendo una función. Me gusta menos cuando ya caen en folclorismos que no tienen ningún sentido. Hace poco yo firmé un manifiesto que pedía la conservación de Pallarés, que no lo privatizaran, y en términos genéricos pedía una mayor defensa de la cultura leonesa. Inmediatamente, tuve varias críticas, diciendo “pero, si es que detrás de esto están los leonesistas”, que es como aquello de decir “esto lo están manejando los comunistas” o quien sea. Hay siempre una búsqueda de un lado perverso en cualquier manifestación. A mí me da igual. Si van a tirar la catedral de León, me da igual quien se ponga a defender la postura contraria, aunque sea la extrema derecha. Mi opinión puede coincidir con cualquiera en cada caso concreto. De todos modos me llama la atención que la gente allí se queja muchísimo siempre de cómo está la situación, pero se quejan sin hacer nada. Es quejarse por el puro placer masoquista de quejarse, pero nadie hace nada por salir de esa dinámica. Y al que hace algo, mal o bien, a ése es al que critican. En realidad es un pueblo espectador; el pueblo leonés es un pueblo de espectadores. Se ve muy bien en las fiestas; en las fiestas nadie baila, todo el mundo mira a ver quién se pone a bailar y hace el ridículo para criticarlo y comentarlo. En la vida política y social es lo mismo, nadie participa y todo el mundo está mirando.

P. ¿Ha estado alguna vez en Santibáñez de la Isla?

R. No, nunca he estado. Cuando voy a León, me voy a La Montaña. Algunas veces bajo, pero El Páramo, la Ribera del Órbigo, La Bañeza y todo eso, lo conozco menos. Alguna vez voy al Bierzo y a La Maragatería, pero todo lo que es el llano lo conozco menos. La verdad es que cuando voy a León, paro en León y en seguida me voy para La Montaña, que es lo que más me gusta.

Naturalmente, le invito a conocer nuestro pueblo; espero que pronto le veamos por allí. Terminamos nuestra conversación hablando de sus conocidos en Santibáñez. De sus años en El Pardo recuerda vagamente que había algunos compañeros de nuestro pueblo, pero ningún otro recuerdo ha sobrevivido al paso del tiempo. Solamente recuerda el nombre y apellidos de uno de ellos, seguramente apoyado por su propia sonoridad: Serafín Pan Falagán. En su época de estudiante de derecho conoció Miguel Ángel, aunque él lo llama Martínez, como siempre se le conoció en el mundo del fútbol, y guarda buenos recuerdos de su relación con él.

Detrás de nosotros, en la ventana, se dibujan las agujas de la catedral iluminadas en el cielo frío de Colonia. A sus pies, bulle el hormiguelo de paseantes entre las casetas de la feria navideña, con sus mil y una artesanías y sus puestos de vino caliente, y se pierde en las calles cercanas. A él nos uniremos pronto nosotros.